

Capítulo Primero

Todos, en alguna ocasión y sin darnos cuenta, hemos estado disociados, lejos de la realidad, de nosotros mismos. ¿Quién no ha tenido la sensación, esperando al autobús, conduciendo o en el Metro, de que gran cantidad de detalles le han pasado inadvertidos? ¿Quién no se ha preguntado nunca si tal parte del trayecto ha tenido ya lugar o si han sonado ya ciertas señales horarias en la radio? ¿Una distracción? Tal vez. Estábamos ensimismados, perdidos en nuestros incansables pensamientos, en una interesante conversación con el pasajero de al lado. ¿Quién sabe...? Nos sentimos a veces demasiado seguros de lo que hacemos en cada momento, de si vamos a tal o cual reunión, de si tenemos tal o cual evento que planificar. En definitiva, de quiénes somos o de quiénes creemos ser.

No supone ningún problema, pues es poco tiempo. Se vuelve a la siempre confortable rutina y ya está. Pero... ¿y si no fuese así? ¿Y si no pudiésemos volver? No lo sabemos, pues no nos planteamos qué es lo que ocurre en esos lapsos de tiempo. Entonces, no nos engañemos. Si hay momentos que no conseguimos recordar, si tenemos la sensación de que no estábamos allí donde se suponía que teníamos que estar, es porque, a veces, sencillamente, desaparecemos. Sí, como si no fuésemos nosotros... Por eso, quizás deberíamos prestar atención

y en ese caso escucharíamos una voz, insistente, lejana, desconocida, interrogándonos:

—¿Quién eres? ¿Quién eres?

Un mar cada vez más agitado batía su estruendo ensordecedor en el lento amanecer veraniego de una playa desierta. Desierta, solitaria y devastada por los restos del naufragio de una noche de fiesta.

Dos jóvenes habían aparecido como si tal cosa después de pasar toda la noche en la arena. León, uno de ellos, al percatarse del sueño profundo de su compañero sobre su hombro, le inquiría perseverante con su pregunta. El otro, al borde del sonambulismo, abría sus ojos y veía entre sombras una figura rechoncha, de pelo rizado, gruesas gafas y corbata, mientras daba, cual espasmos, lentas señales de volver a la realidad.

—Dios mío, ¿tanto bebimos?

Del compañero de fatigas, ya retirado del hombro antes usado como almohada, tan solo obtiene como respuesta el silencio.

—Y yo que siempre quise decir esa frase en otro contexto. ¿Por qué? Dios mío, ¿por qué?

—¿Eh?

—¿Tú quién eres? No te recuerdo en la fiesta de anoche.

—Yo no recuerdo la fiesta de anoche.

Entonces, tras pronunciar esas clarificadoras primeras palabras, de uno de los bolsillos del meditabundo y soñoliento joven cae un MP3. Lo recoge, aparta la mirada y, absorto, observa el nombre del álbum que con letras minúsculas aparece en una frágil y estrecha pantalla cubierta de arena: «Las grandes ambiciones», de Javier de Torres.

—Javier. Me llamo Javier.

—Encantado. Yo León, y me tengo que ir.

—Vaya.

—Llego tarde a mi primer día de trabajo en prácticas. Soy inspector de Hacienda... en prácticas.

—Y vas vestido.

—Qué bien. Recuperas tus facultades visuales. Sí, vine a la fiesta pensando que podía pasar esto, que me iba a quedar hasta las tantas.

—¡Y tan tantas! —Javier continuó frotándose los ojos como si le atenazase un irreductible e imbatible sueño.

—Qué pena que me falta la chaqueta.

—¿Y eso?

—Me la dejé en una silla y un «colgao» se la llevó para hacer el indio.

—¿Sí?

—Es así. Algunos se creen que con ser altos ya han hecho todo lo que tenían que hacer en la vida.

—Entiendo.

El regordete y encorbatado inspector continúa poco tiempo más hablando con Javier mientras, obsesivo, se sacude sus ropas y zapatos de arena e intenta aplacarse su caótico y rizado pelo. De manera compulsiva, lo ayuda a incorporarse mientras pone en marcha su huida de la playa. Se despide.

—Tío, cuídate.

Javier, anonadado y absorto, no dice nada. Tan solo levanta tímidamente una mano a modo de saludo. Mientras ve irse al compañero de batallas, cubre sus ojos con una mano ante un primerizo rayo de luz furtivo que se escapa de entre las rendijas de un cielo cada vez menos espeso de nubes. Ya sentado sobre una minúscula roca enterrada en la arena, hace suyo un espejo, caído probablemente del bolso de mano de algún bañista. Observa consternado su tez decrepita, su extrema delgadez, su largo pelo a modo de melena que se echa hacia atrás para no

perder visión, sus ojos dubitativos, torpes, cansados, aturdidos, expresando confusión, como si no entendiera cómo ha llegado hasta allí y por qué.

Asustado, el panorama que observa a su alrededor tampoco le entusiasma. Podía haber despertado en una de esas playas impersonales pero cómodas y agradables a la vista que sirven de escenario contiguo a muchas movidas nocturnas de lugares como Puerto Marina o Torremolinos. Uno de esos lugares que, cual escenarios de cartón piedra, siempre cuentan con una hilera de palmeras puestas en fila, un floreciente y artificial oasis en medio de la arena, un siempre rentabilizado tropel de tumbonas estrangulando el espacio, chiringuitos abarrotados de turistas de toda clase y con el mar solo visto en la lejanía, alejado y ocultado por metros y metros de una falsa arena. Una playa con servicios, como habitualmente gusta decir a los políticos. Una playa con «bandera azul». Lejos de todo eso, aquella era una playa que tenía una gran belleza, eso sí, pero con esa extraña y embriagadora belleza que da la decadencia.

Se trataba de una playa hecha de silencios. Leves y esquivos para quien no quisiera escucharlos, sentirlos ser; pero estaban ahí, cual susurros sugiriendo el vasto abrigo de la memoria. Sugerían un pasado de esplendor, veranos lejanos en los que una refinada burguesía engalanaba con aires románticos insospechados rincones de la ciudad, como aquel que tras una entonces endeble cortina de recién plantados eucaliptos escondía un mundo de verbenas, de coches de lujo, de mosaicos con vistosos azulejos, de bañistas salpicados por el mar, las olas y la vida. Se trataba del balneario de *Los Baños del Carmen*, que, inaugurado en 1918, pasó décadas siendo un lugar de referencia en el día a día de generaciones de malagueños, al igual que hoy lo es del imaginario de muchos de ellos. Se construyó en el lugar que ocupó un antiguo puerto de atraque de navíos, y

más tarde el Puerto de la Cantera en la construcción del puerto de la ciudad en el siglo XIX, siendo todo un hito en el que, a través de distintos proyectos, participarían miembros de la élite de la arquitectura malagueña como Loring o Guerrero Strachan y que equiparaba a la ciudad de Málaga con otras referentes como Santander o San Sebastián.

Javier, ajeno a todo eso, se levantó suavemente de la roca sobre la que estaba apoyado y fue recorriendo despacio todos aquellos lugares, expectante, tardío, testigo. Esquivó el sol y lo hizo gracias a una curiosa columna. Curiosa, sí, porque sobre su capitel no había nada. Como esa había más; sostuvieron un vistoso emparrado en los años de gloria, pero ahora sobre ellas no había nada, no, sostenían entonces, cual equilibristas, al vacío. Lo hacían además en un rompeolas en el que la acción de las aguas, los vientos y su furia habían empezado ya a hacer mella en su estructura, como una repetitiva, silenciosa pero mortal letanía, y las columnas reflejaban ya grietas en su otrora brillante piel de piedra. Equilibristas, resistentes, supervivientes.

Un imponente edificio de dos plantas con techo piramidal, grandes ventanales, y terraza mirador a la que se accedía mediante unas robustas escaleras situadas a la izquierda era lo que flanqueaban aquellas columnas. Estaba situado en un pequeño cabo. Javier fue corriendo hacia allí, miró hacia un lado y hacia otro. Al mirar atrás dejaba la minúscula franja de playa, en la que había aparecido tras la noche anterior, una zona tan pequeña que daba la impresión de haber sido arrebatada a dentelladas por el mar y sus espasmos quedando con lo puesto, con lo mínimo, lo indispensable. Los chinos, pequeños pedruscos de la orilla, cada vez apuraban más el espacio entre el mar y el muro de contención que separaba esa playa de la ciudad, de la carretera, del mundo. Intentaba saber qué era todo aquello, qué significaba todo eso. Dejó la arena y comenzó a

andar por una plataforma de cemento color rosáceo que conducía al edificio. Esta estaba también hecha pedazos, levantada en algunos tramos, hundida bajo la arena en otros, como si un implacable gigante se hubiera divertido pisoteándolas y destruzándolas salvajemente, sin piedad. A través de estos pedazos informes se subió al rompeolas, paseó entre las columnas agrietadas sosteniendo el vacío. La chispa de las olas le mojó y le hizo retroceder hasta llevarlo a percatarse de que, tras las cristaleras de aquel vetusto edificio, parecía encontrarse un bar. De hecho así era: *Bar «El Nisco»*, indicaba un gran letrero.

Llegó a una estrecha zona de baldosas algo más adecentada y se acercó a mirar a través de los cristales. También notaba el paso del tiempo, a pesar de estar habitado, ese monstruo de piedra. La humedad y el óxido habían hecho mella y estaban ahí atenazados, esperando cobrarse otra presa más, como las columnas, como el rompeolas o la plataforma rosácea, como quién sabe qué más en aquel lugar triste y sombrío. Sin duda, allí fue donde los jóvenes habían pasado la noche. Aún quedaban restos. Estaba claro que aquellos trabajadores habían realizado la limpieza del lugar de la fiesta sin demasiado entusiasmo. El local estaba cerrado al público, pero podía verse tras las ventanas la barra ya desocupada, un amplio salón y grandes carteles publicitarios de conocidas marcas colgando y a punto de desprenderse del techo, de decir adiós.

Aún podían sentirse, al guardar silencio y al echar un rápido vistazo al lugar, el ritmo incesante de la música de baile, la voz atronadora de la multitud, las luces cegadoras, las sombras, las copas, el alcohol, las risas... En un curioso malabarismo del destino, las circunstancias habían querido que ese edificio, cuya figura presidía elegante y severa aquella depauperada playa, cerrase como en un círculo de tiempo el vínculo con el pasado de todo aquel escenario. Efectivamente, allí donde se

erguía el bar se albergó en los otros tiempos un luminoso e imponente restaurante. Fue el epicentro de las grandes fiestas que se celebraban en aquellos años, una sociedad que bailaba ajenas a las catástrofes que esperaban bajo sus frágiles suelos en aquellos locos años 20 del pasado siglo, como en un gigantesco *Titanic*. Habían aparecido en la ciudad viejas fotografías en las que una fila de camareros posaban de un impoluto blanco, tan blanco que se mezclaba con la luz que se colaba por aquellos ventanales, hasta por las rendijas, llenando aquel salón de techos altos, lujosas mesas y grandes macetones, una luz que lo devoraba todo, que hería, convirtiendo aquella en una vaporosa escena, a punto de desvanecerse. En la actualidad, aquel salón volvía a llenarse del alma de la fiesta, aunque esta fuera mucho más mundana y cotidiana.

Javier continuó divagando por las proximidades del restaurante-bar, bordeándolo bajo un techo de fina paja sostenido por improvisados hierros de color azul apuntalados por las columnas. Mas allá de esas instalaciones, todo lo que existía era el abandono y el olvido. Unas últimas columnas dispuestas en hilera eran la antesala de una superficie boscosa con una mezcolanza vegetal de eucaliptos, palmeras, pitas y otras plantas invasoras que crecían totalmente fuera de control. Restos de una antiquísima decoración ornamental, como una enorme orza⁽¹⁾ agujereada y algún que otro azulejo, eran los vestigios de un tiempo en el cual en esos mismos terrenos había lugar para lujosas pistas de baile, engalanadas verbenas, kioscos, acuarios, proyecciones de cine, eventos deportivos con pista de tenis, de patines e incluso el campo de fútbol en el que jugaba sus

⁽¹⁾ Orza: Vasija vidriada de barro, alta y sin asas, que sirve por lo común para guardar conserva.

partidos el equipo de la ciudad, por aquel entonces denominado como en la actualidad *Málaga Club de Fútbol*, o un amplio camping operativo y en buen estado hasta solo unos años atrás. Unas baldosas de cerámica formando un círculo eran todo lo que quedaban de una fuente de la que, en el máximo apogeo y *summum* de la riqueza de la época, manaba no agua, sino vino de Jerez. Vestigios de una sociedad que empezaba a asomarse al mar como un lugar de ocio debatiéndose por dejar atrás el puritanismo (grandes maromas⁽²⁾ delimitaban las zonas por sexo), la superstición y el miedo en unos baños que no fueron los únicos ni los primeros, compartiendo tal denominación con otros como los de Diana, la Estrella o los de Apolo, en zonas cercanas al puerto de Málaga recordadas por un viejo Picasso como imágenes borrosas de su niñez. Hoy, la maleza, los grafitis y los escombros conformaban la triste identidad de todo aquello. Tras ese bosque se mantenía a duras penas el viejo edificio de unos astilleros especializados en carpintería de ribera, es decir, construcción y reparación de embarcaciones como la jábega, típica barca malagueña de origen fenicio. Esta actividad, que se desarrollaba en la zona desde el siglo XVII, habría vivido también tiempos mejores. Tan solo el mar, implacable, parecía haber ganado con dignidad la batalla al paso del tiempo e impartido su letal y severa justicia. En medio de todo aquello, asustó a Javier la presencia de un vagabundo que, atemorizado ante la visión del extraño, corrió a hacerse invisible entre la gigantesca y frondosa vegetación del lugar, como hacían muchos que, de forma ilegal y ante la pasividad de las autoridades, usaban aquella isla salvaje en medio de la urbe para acampar y establecer su lugar donde vivir.

⁽²⁾ Maroma: Cuerda gruesa de esparto, cáñamo u otras fibras vegetales o sintéticas.

Entonces, dio media vuelta y continuó andando sobre sus pasos de forma paralela al restaurante, observando señales de que este se encontraba en fase de abrir sus puertas al público, con un par de camareros en el interior ya con las puertas abiertas haciendo con desgana sus labores de limpieza.

En ese mismo momento, paralizado, sintió un flash. Recordó unas dulces manos de mujer en su piel. Bajo un ruido ensordecedor el silencio más absoluto, bajo un cegador juego de luces la más envolvente oscuridad, ante un mundo acelerado hasta el disparate parado el tiempo. Su frente pegada a la de ella en el momento justo anterior, segundos antes, a punto del milagro, a punto de un beso.

En ese instante, alguien lo interrumpió.

—Oye, tú.

—¿Es a mí?

—Sí, claro. ¿Hay alguien más?

Un hombre grueso y desaliñado, con una voz hosca, había hecho presencia a través de una de las puertas que existían en aquel salón, la que al fondo a la izquierda comunicaba con una amplia habitación usada como almacén y con los servicios del bar.

—Tú estuviste anoche aquí, ¿verdad?

—Yo..., sí.

—Como camarero, me refiero.

Javier calló, incluso su mente dejó de pensar. Las rudas formas de aquel hombre imponían y todo hacía ver que era él quien regentaba aquel antro.

—Hoy te quiero aquí hasta las tres.

Aquel hombre, que entre gruñidos intercalaba palabras, le lanzó tan lapidaria y rotunda frase acompañada de un enorme trapo que Javier cogió al vuelo aún anonadado, sin salir de su asombro.

—Puedes comenzar por la barra. Abrimos en media hora.

—Eh..., sí.

—Y espabila, chaval. Que tengo a un montón para llamar...

—Claro.

Efectivamente, en el año 2013 el panorama era desolador y no solo en esa playa y en aquel negocio. Cinco años de crisis económica en España, la más dura en ochenta años, habían convertido a la más mínima pretensión laboral en un mero espejismo. En la Málaga de esta época tan solo el sector servicios, con el turismo, sobre todo el de sol y playa y todo lo que este conllevaba durante la época veraniega, conseguía tirar del carro a duras penas de la economía de una sociedad cansada y deprimida por una situación que parecía no tener fin ni arreglo. Era frecuente que los camareros y todo aquel que participara de aquel anquilosado y carente de ideas motor económico lo hiciera por sueldos de miseria, extensas jornadas de duro trabajo y la más absoluta indefensión.

El jefe ya había desaparecido, de regreso a las dependencias de las que apareció junto a los otros camareros, quedándose solo el muchacho. Javier contempló el enorme salón ya vacío, sus techos altísimos, sus amplios ventanales, la cegadora luz invadiéndolo todo como en la vieja fotografía. Como en un acto reflejo, limpiaba los vasos, mientras miraba, escuchaba, sentía. Su mirada perdida no estaba tanto en la decadencia, en la soledad de aquella vasta habitación, otrora imponente lugar de esparcimiento de clases altas, ni en las tareas que desempeñaba ya sin la presencia del jefe. No, en realidad intentaba regresar, volver a aquel instante, recobrar, atrapar aquella chispa, aquel recuerdo evanescente de aquellas manos, de aquel beso, de aquella mujer.

Capítulo Segundo

Javier abandonó el viejo edificio. El sol quemaba a pesar de estar avanzada ya la tarde en ese día de verano. Salió de él por un breve pasillo con unas pocas columnas de cemento rojo situado en uno de los laterales, esquivando así la pasarela hecha añicos. Se tapaba los ojos, escondiéndolos del sol con su pelo largo mientras echaba un vistazo a aquella playa. Lejos de la enorme tranquilidad de la mañana, esta estaba ya rebosando de bañistas. La zona de arena para ellos era minúscula, frágil, daba la impresión de desaparecer de un momento a otro engullida por las aguas. Aun así se agolpaban estoicos apurando el último suspiro del día y los había de todo tipo: madres con ruidosos niños, seres solitarios que se sentían cómodos con la decadencia de aquel ambiente, algunos hippies, personas que convertían cualquier aproximación al sexo contrario en un arte e incluso algún que otro buzo armado con su arpón observando y escrutando el mejor momento para desaparecer, perderse de vista, en busca de alguna presa, en el mar.

Estaba feliz en aquel momento, una vez finalizada su jornada de trabajo. Su figura resplandecía gracias al sol y a sus tardíos pero incesantes rayos. Sus pantalones blancos de pinzas y su camisa blanca también con mangas remangadas a la altura de los codos, junto a su altura y esbeltez, acrecentaban ese halo

que sin duda llamó la atención aquella tarde en aquella diminuta pero abarrotada playa.

De allí se salía a través de un vetusto portalón al que se tenía acceso tras subir una pequeña pendiente. Este tenía rejas de hierro pintadas de azul que imitaban la figura de un arpa y estaba coronado por un techo de tejas árabes⁽³⁾ inclinadas, cornisas de madera y pináculos⁽⁴⁾ cerámicos, conformando todo ello una bella arquitectura de estilo regionalista⁽⁵⁾ de ladrillo y azulejos azules y blancos a la cual no solo los años habían pasado factura. También el vandalismo llevaba tiempo cebándose con aquella bella construcción que, a pesar de eso, aún conservaba parte de su intuida aunque ya lejana belleza. En ambos laterales, dicho portalón estaba flanqueado por dos puertas más pequeñas adinteladas⁽⁶⁾, de igual estructura que la principal y diseñadas para ser la verdadera vía de salida de los bañistas, ya que la mayor de ellas era un camino usado por coches de caballos. Del mismo modo, sepultada por pintadas, óxido y deterioro, se mantenía anexa a la entrada una estructura rectangular que, en otros tiempos, sirvió de taquilla en la que los usuarios, los ciudadanos que podían permitírselo, sacaban por una minúscula ventanilla enrejada sus tickets mediante los que, ya en el interior y en función de la propina dada a una señora de avanzada edad y rostro

⁽³⁾ Teja árabe: Tipo de teja empleada en la cubrición de cubiertas inclinadas.

⁽⁴⁾ Pináculo: Remate en la arquitectura gótica y, por extensión, en otros estilos, adorno terminal, piramidal o cónico.

⁽⁵⁾ Arquitectura regionalista: Corriente que aparece en España a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. En ella se emplean modelos arquitectónicos del pasado. En el caso de Andalucía, el neomudéjar, con el uso de azulejos en la decoración de sus fachadas.

⁽⁶⁾ Adintelado: Curvo que viene a degenerar en línea recta.

agrietado, conseguían las llaves para las casetas, más de cincuenta, de madera, en las que durante la jornada de baño dejaban sus pertenencias. Aún podía verse incrustado en este pequeño edificio un mosaico con el nombre del balneario. Depauperado, pero en pie, se negaba también a desaparecer.

Observando todo aquello, invadió a Javier una gran tranquilidad. Podría decirse que era lo menos que podía inspirar aquel paisaje de ruina, pero así fue y sintió ganas de sonreír, de no hacerse preguntas, de inhalar aire, de respirar. Y aquella respiración le trajo el inconfundible olor de los eucaliptos. Estaban ahí y lo invadían todo, como parte persistente del paisaje, como un personaje más, eterno, inmortal, inmóvil. Lo habían sido desde sus inicios. Existían postales en las que podían verse minúsculos, enclenques, raquíticos, y se hacía impensable que aquellos hubieran dado lugar, con el paso de los años, de las décadas, a los enormes arboles de la actualidad, imponiendo su ley, su propia naturaleza. Y es que estaban por todas partes: en la entrada a la playa, en el antiguo camping, una vez atravesado el viejo portalón y por supuesto afuera, levantando, rebeldes, con sus imponentes raíces, la endeble fila de baldosas que la civilización había puesto encima.

El paisaje de afuera era hostil, nada que ver con la serenidad que emanaba la antigua playa. Tan solo con traspasar el ruinoso portalón, Javier se topó con la visión de un incesante vértigo de vehículos que transitaban aquella carretera con una velocidad indescrptible. Unos escalones lo llevaban a la acera, salvando un leve desnivel. Miró a los coches, aturdido; miró a su izquierda y vio la claridad de un estrecho paseo marítimo tan solo separado de la playa por un no muy extenso muro, pudiéndose ver el mar, el cielo, el puerto, las vistas del centro de la ciudad a lo lejos; miró a su derecha, un lugar mucho más oscu-

ro por la sombra que proporcionaban los gigantescos eucaliptos, por los bloques de apartamentos frente a la playa y por las boscosas instalaciones del antiguo balneario y posterior camping, ya cerrado y abandonado. Esquivó por poco a unos corredores que, como muchos, usaban aquel paseo para hacer *footing* e inmediatamente después a una ciclista que, al igual que los anteriores, pasó fugaz y veloz por aquel paisaje para adentrarse en el sombrío tramo de los eucaliptos y llegar tras él al más alegre, bullicioso y típico barrio malagueño de pescadores de Pedregalejo.

Un semáforo ordenaba todo aquel caos, o eso parecía. Tras interminables minutos, una penetrante luz roja hacía parar la metralla de motores y el pequeño icono de color verde daba la tregua a los peatones, normalmente como Javier provenientes de los Baños, para atravesar toda aquella ruidosa carretera. Los eucaliptos también habían tomado posesión de una pequeña isla situada en medio del marasmo de vehículos. En ella casi escondían y ocultaban una abandonada y deteriorada estación de lavado cuyas proximidades eran ocupadas también por gran cantidad de coches aparcados en un absoluto desorden, territorio que habían hecho suyo los gorrillas⁽⁷⁾. Antiguamente eran coches de lujo, como los *Bentley*, los que lo ocupaban; hoy lo hacían vehículos mucho más comunes. Al igual que en el paseo, estos árboles se habían convertido en los auténticos amos, con sus raíces, con su olor, con la persistente caída de sus hojas. Continuó andando y, superado este desbarajuste en el cual los automóviles entraban y salían del aparcamiento sin control, dio con otro semáforo que daba paso ya a un mundo más habita-

⁽⁷⁾ Gorrilla: Persona que se dedica a indicar a la gente dónde aparcar a cambio de una propina.

ble, más supuestamente racional, y sin la sombría oscuridad de tales figuras arbóreas que todo lo invadían. Ante él se presentaban una fila de modernos edificios a las faldas de la vertiente montañosa que en Málaga se situaba milagrosamente cerca del mar. La imagen de los montes, tras estos, imponía. Una vez en verde el semáforo, cruzó.

—Avenida del pintor Joaquín Sorolla.

Javier se quedó mirando las amplias letras de color verde que sobresalían de la pared en mosaicos anunciando el nombre de aquella extensa y ruidosa avenida en honor al pintor valenciano que pasó por Málaga en 1910, dejando como testimonio un retrato de su mujer e hijas sentadas en las rocas de La Caleta, otra de las playas de la zona. Tan cercana y a la vez tan distante se encontraba del mundo de los eucaliptos. Miró hacia un lado y hacia otro. Echó la vista atrás hasta ver el mar. La visión de este y del viejo edificio con techo piramidal como atalaya sobre su terraza mirador en la pequeña playa eclipsaba al resto, y lo dejó petrificado. Sentía como si ya hubiese recorrido todos aquellos lugares, en otro momento, en otro tiempo. No lo entendía, pero sobre todo tenía la seguridad de que lo que quería era quedarse.

Pensativo, volvió en sí y centró su mirada en lo que tenía enfrente. Lo primero que encontró fue una extensa fachada color beige con tan solo una minúscula puerta y arriba, en una alta primera planta, unos enormes ventanales. Se trataba del hostel «La Estrella del Carmen», como así lo indicaba un pequeño cartel que había al lado de la puerta junto al ya clásico distintivo azul que señalizaba que se trataba de un establecimiento hotelero. Pensó que era un buen lugar para vivir, al menos mientras estaba de paso y encontraba otra cosa. Poco dinero le dejaba el

bar, al menos estar allí sería asequible. Necesitaba parar, asearse un poco, tumbarse en una cama, descansar. Pasar la noche en una roca es una de esas cosas que te deja totalmente destrozado, se dijo.

«La Estrella del Carmen» era la idea de un empresario malagueño que, tras adquirir una vieja casa de principios del siglo XX, evitó con ello su demolición y la restauró y rehabilitó, manteniendo su antigua estructura, para poder alojar en ella a viajeros y turistas. Un lugar de los denominados «alojamientos con encanto», pero de una gran sencillez y sin lujos.

Se asomó por la estrecha puerta, tras apartar un enrejado metálico de color blanco que se usaría, a modo de seguridad, una vez cerrado el establecimiento caída la noche. No había nadie. Una acogedora pero breve entrada con un enlosado de mosaico de escaques⁽⁸⁾ daba paso a una escalera mas estrecha todavía. Y oscura. Los techos, sin embargo, eran altos, muy altos, como los de la época. Una relajante música sonaba desde algún lugar lejano, envolviéndolo todo, al igual que un ligero aroma de incienso. Comenzó despacio a subir sus escalones y de la parte de arriba emanaba algo de luz, creando curiosos juegos de luces y sombras y formas en las paredes, cada vez más luz que aparecía a medida que iba subiendo. Las paredes, de color blanco con remates de tonos azul añil, estaban decoradas con medias lunas a modo de lámparas que, seguramente por ser de día, estaban apagadas; los varios descansillos también tenían curiosos objetos decorativos como alargados jarrones azules con flores y velas, sobre todo velas, por todas partes; pequeñas, de forma circular y de todos los colores, casi invisibles, cuyas

⁽⁸⁾ Cada una de las casillas cuadradas e iguales, blancas y negras alternadamente, y a veces de otros colores, en que se divide el tablero de ajedrez.

frágiles llamas se mecían con el ligero viento de los pasos y movimientos de quien subía aquellas curiosas escaleras, volviendo intermitentes sus presencias. Eran, sin duda, motivos árabes y más concretamente marroquíes los que habían servido de inspiración a sus propietarios a la hora de crear la imagen e identidad de aquel hostel cercano y diferente.

Un gran contraste deparaba al visitante una vez arriba. La oscuridad se tornaba en una gran luminosidad, una luz brillante, desbordante, cegadora. Javier se tapó los ojos con una mano una vez más: de nuevo el sol. Su alta figura fue absorbida por un enorme resplandor, pero sin embargo fue visto.

Era la recepción. Una pequeña instalación de madera tras la que se encontraba una joven frente a un ordenador que estaba terminando de atender a una cliente. La pared estaba oculta por una estantería en la que se amontonaban archivadores cargados con papeles y documentos de toda índole. También algún que otro CD. La decoración tipo marroquí que había estado presente durante todo el recorrido de acceso volvía a encontrarse allí con sus velas, medias lunas, espejos y toda la parafernalia. Una serie de elementos llamaban la atención, como un tradicional tocadiscos que ponía la nota clásica en todo aquel ambiente, avasallado, eso sí, por postales promocionales de las mejores discotecas y pubs de la zona; un antiguo y sencillo mueble de madera en cuyas tablas inferiores se disponían al público, etiquetados con sus precios, diferentes objetos de adorno que parecían haber sido fabricados de manera artesanal y en cuya tabla superior una bandeja con fruta daba la bienvenida al viajero; una discreta fuente a un lado que como colofón regalaba su constante soniquete de agua y una enredadera deslizándose tímida y suavemente por ella contribuían a hacer de aquel un lugar bastante agradable.

—Doña María Buendía. Aquí tiene.

Una espigada señora, cuyas ropas indicaban no ser tampoco de allí sino más bien de algún pueblo de interior de la zona, tomaba las llaves de su habitación. Lo mismo dejaba ver su tez morena y su rostro lleno de arrugas.

—Gracias.

—Siento lo de su padre y lo que ocurrió con Venta La Nada. De verdad. La de veces que fui allí a comer de pequeña. Si necesita cualquier cosa puede contar con este hostel. Estamos para que tenga usted una buena estancia.

—Disculpe si la he aburrido con mi historia —volvió su rostro triste y serio para decirle a la muchacha sus últimas palabras.

—No. Qué va.

Tras desaparecer la señora por el pasillo, se dirigió la joven recepcionista a Javier, a un Javier totalmente ensimismado y absorto.

—Oiga. Ya puede pasar. Oiga.